



**EL PASAJE DE LOS PANORAMAS**

# NUESTRAS CALLES

## ALESSANDRA LAVAGNINO

TRADUCCIÓN DE MARTÍN LÓPEZ-VEGA



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2015

TÍTULO ORIGINAL: *Via dei Serpenti*



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor.

La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

© Sellerio Editore, Palermo, 2005

© de la traducción, Martín López-Vega, 2015

© Errata naturae editores, 2015

C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310

28045 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-95-4

DEPÓSITO LEGAL: M-24314-2015

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada  
para Inmedia (Cáceres)

DISEÑO DE PORTADA: Nuria Zaragoza

IMAGEN DE PORTADA: Carlos Alba / Millennium Images, UK

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

«Mas, cuando vio cuán bello era aquel gesto,  
sintió piedad, y refrenó su arresto».

L. ARIOSTO, *Orlando furioso*, XIX, 10

A Mario

Estaba de pie bajo el enorme cuadro —una marina con dos barcas y agua que parecía agua verdadera— y ni se me pasaba por la cabeza sentarme. Estaba contenta por tener que esperar y tampoco me importaba estar sola.

—Acabo de llamarle por teléfono, ya puedes ir —había dicho mi madre.

—Yo te acompaño, pequeña —había dicho Elide.

—No, tú tienes que ir a hacerme un recado a otro sitio. Y además, ¿qué necesidad hay de acompañarla? No le metas ideas raras en la cabeza. Y su nombre no es «pequeña».

Había estado en aquella salita otras veces, pero con mi madre, y por ella. Sabía todo lo que iba a encontrar en la habitación de al lado; sabía el ruido que haría el pomo de la puerta, y lo esperaba.

—¿Tu mamá no está? ¿Vienes sola? —preguntó el dentista.

Abrió del todo la puerta, se asomó a mirar y después me hizo pasar antes de volver a cerrarla.

—Ssssí —dije con esfuerzo.

Hubiera podido no decirlo, pensé enseguida. Tragaba saliva compulsivamente, sin querer, un golpe de garganta tras otro. Me encaramé a la silla.

—Veamos —dijo el dentista—, abre la boca.

Sus manos tenían un fresco olor a jabón desinfectante; el espejito y el gancho que me metió en la boca estaban húmedos, provenían de un vaso lleno de un líquido blanco en el que también se hallaba el resto del instrumental. Contenía la respiración mientras él, con la punta de acero, hurgaba en el agujero del premolar. Me hizo daño pero no me moví.

Miraba los pelos de sus desordenadas cejas rubias, los pelos de su nariz. Se dio la vuelta, tomó con las pinzas un poco de algodón, lo mojó en el líquido de una ampolla y rellenó el hueco de mi premolar. La pasta rosa con la que me cerró el agujero olía a clavel.

—Veamos el resto.

Con el espejito, miró por todas partes, y con una varilla que tomó del vaso me golpeó los dientes. Me hizo daño en un colmillo y me sobresalté.

—El jueves a la misma hora. Díselo a tu mamá.

Bajé por las escaleras con el sabor a clavel de la pasta rosa en la boca; los escalones resbalaban bajo mis pies. Había dicho «buenas tardes» sin darme cuenta; o tal vez no lo había dicho.

Al entrar en el portal de casa sentí que no quería subir enseguida. Así que fui a ver a la portera. La

encontré cosiendo, con los pies hinchados apoyados en una silla.

—¿Qué haces, Marzietta? ¿De dónde vienes? —preguntó sin girarse.

—De por ahí —dije, y no quería decir nada más.

—¿De «por ahí» de dónde?

—Del edificio de enfrente.

—¿Y quién hay ahí? ¿El dentista?

—Ssssí.

—¿Has ido tú sola? ¿Tenías que llevarle algo?

No respondí. Debió de creer que había dicho que sí con la cabeza; eso pensé. No me preguntó nada más.

Después volví a casa. Elide no había regresado todavía y me puse a jugar con el gato. Le soplé en el hocico mi aliento de clavel mientras nos escondíamos juntos bajo la mesa de la cocina.

La puerta del bufete estaba cerrada, pero a través del cristal lechoso podía ver la luz sobre el gran escritorio y me parecía sentir el olor del humo de los cigarrillos que ya llenaba la habitación. Se oían las voces de mi madre, de un hombre y de una mujer que se lamentaba. En la antesala esperaban otras cuatro mujeres. Una mala tarde para mi madre.

Cuando entró Elide pensó que yo no habría vuelto aún y sin buscarme se dirigió a la cocina. Me vio después, al pasar.

—Pequeña mía, pero si estás ahí abajo. ¿Te ha hecho daño? Di, ¿has tenido miedo? Ven con Elide, ven con tu Elide.

Salí de debajo de la mesa sin muchas ganas, enfadada porque hubiera tardado tanto.

—Ahora mismo iba a venir a buscarte, ya estaba viniendo. Di, ¿te ha hecho daño?

—No.

No quería hablar con ella. ¿No se daba cuenta?

He pasado por via Marianna Dionigi y he visto que han echado abajo el edificio. La calle está ahora irreconocible, con ese hueco.

Sabía que la casa ya sólo podría recordarla —que incluso Giulia, la portera, había muerto—, pero esperaba al menos haber encontrado la calle tal y como era, con todos sus secretos. Una calle lúgubre, esquiva de su propio y luminoso ir a dar al Lungotevere, con sus edificios pretenciosos y las enormes tiendas de alimentación que olían a queso, anchoas y salami. En ninguna otra calle se perciben tantos olores apetitosos bajo unas casas en las que parece que nadie coma. Nosotros comíamos poco y no puedo olvidar la sensación de desnudez extrema y frío que sentía cuando paseaba con Elide bajo los pollos colgados del larguísimo cuello, con aquellos ojos cerrados que tenían párpados

con borde de diadema. Es, además, una calle que retiene los olores, y aquel dulcísimo a chocolate y confitería que aureolaba la esquina de la Única parece que se haya quedado retenido allí, en torno a los muros, incluso ahora que en el lugar donde estaba la Única se han instalado las Hermanas Adamoli.

Ocurre lo mismo con la casa que ya no está: espacios, muros, superficies reconocibles a mi tacto, interruptores que todavía sabría encontrar a oscuras; materia que ya no existe, que ya no es materia: memoria ya.

De la casa de via Flaminia, donde nací, no tengo recuerdos, aparte de una inmensa impresión de luz blanca, como de un lucernario, y largas ménsulas a media altura con muchísimas jaulas de pájaros ruidosos. De pronto los pájaros se me vuelven cercanos, y veo también el cuello, la mejilla, la oreja, los cabellos de mi padre: estoy subida a su espalda. Pero Elide decía que no era verdad, que en via Flaminia no teníamos jaulas de pájaros y no había ningún lucernario, así que debe de tratarse de otro recuerdo; ni siquiera Elide fue capaz de ayudarme a encontrar el verdadero. Sólo una vez me dijo: «No, la que tenía pájaros era Elena, pero ¿cuándo has estado tú en casa de Elena? Es verdad que yo te llevé alguna vez, pero

te llevaba todavía en brazos, es imposible que puedas acordarte».

De via Marianna Dionigi recuerdo los adoquines muy cerca de mi cara y los dos enormes empedradores con camiseta blanca que dejaban caer un tronco por turnos para plantar los adoquines en la arena húmeda que se abultaba rebosando por las fisuras. Mi manita estaba en la mano de Elide, áspera y siempre con el mismo olor a lejía.

En las tiendas con los pollos colgados entrábamos sólo para comprar huevos. Pollo no comíamos nunca porque a mi madre no le gustaba, aunque a veces me lo ponía mi abuela en via Pietro Cavallini, que es, por el contrario, una calle sin tiendas; y las que tiene, las tiene por error; una calle silenciosa y clara, donde el dibujo con medialunas de los adoquines está mejor colocado.

A casa de mi abuela iba sólo con Elide, que siempre tenía que contarle cosas misteriosas; se metían en el cuartito tras la cocina, bajo la lámpara hecha con canutillos de vidrio que tintineaban al rozarlos; allí estaba la máquina de coser y también un armario enorme del que me preguntaba cómo habrían podido hacerlo pasar por la puerta. «Entró de pequeño y creció después», me dijo mi abuela; y debía de ser verdad, pensaba, porque el enorme mueble tenía una cerradura y una llave minúsculas. El olor de los «vestidos a medida»

que contenía aquel armario era distinto de cualquier otro olor y distinto del de los vestidos de corte y confección que había en todos los armarios que he conocido después. María la modista trabajaba en aquel cuarto y tenía un labio con pliegues que, pensaba yo, se le había quedado así porque sujetaba en él los alfileres mientras nos probaba un vestido a mí o a mi abuela. No conocía tortura peor que tener que estarme quieta mientras María la modista me cosía las mangas prendiéndolas con alfileres y canturreaba: «La que guapa quiere estar, mal lo tiene que pasar».

En aquellos años los vestiditos me los hacía mi abuela con María la modista, salvo los «bien hechos» que me compraba mi madre. También mis zapatos se clasificaban en los que compraba mi abuela y los que compraba mi madre. En casa de mi abuela la palabra «comprar» no existía. Se decía «coger». «Este bien hecho se lo cogió su madre», decían, y María la modista alzaba las cejas y apretaba el labio con pliegues sacudiendo sólo un poco la cabeza gris. Me provocaba una infeliz incertidumbre que ofuscaba el orgullo y la alegría del vestido nuevo comprado en el gran comercio iluminado.

Mi abuela era pequeñísima y como sin cuerpo. Veía con sorpresa cómo María la modista le hacía los vestidos nuevos, pues a mí me parecía que siempre llevaba el mismo, que nunca se le estropeaba. De ella